

Silencio, se cierra

Juan Carlos Domínguez

Director del IES La Algaida (Río San Pedro, Puerto Real)

Decía mi maestro y, sin embargo, buen amigo, Nico Corchero, director del IES Fernando Aguilar Quignon, en una reciente entrevista concedida a *La Voz de Cádiz*, que el cierre de un colegio por falta de niños es la peor de las noticias posibles, especialmente mientras no paran de abrirse salas de juegos. Sin duda, como apuntala él mismo, eso demuestra qué tipo de sociedad podemos llegar a ser.

Un país que cierra colegios ya muestra indicadores claros de un futuro complicado y en peligro. Primero porque con ello apunta a la poca confianza en el presente y menos esperanza en el futuro de los padres potenciales, que prefieren “dejar para mañana” la responsabilidad de una paternidad que, en tiempos de zozobra, se nos aparece más compleja y comprometida, más colmada de riesgos, dudas y peligros.

Pero también porque evidencia un sentimiento más profundo de egoísmo y de materialismo. El de los padres que ponderan de manera superlativa las condiciones materiales (siempre escasas en nuestra provincia) del momento que les va a tocar vivir a sus hijos. Y el de los responsables políticos que sitúan los indicadores económicos inmediatos por encima de las condiciones sociales y culturales del mañana. Y es que las urgencias son tantas y tan graves que el día no parece dar para anticipar el mañana y, sobre todo, para crear unas condiciones de desarrollo mejores para el futuro de los nuestros.

No hay ninguna convención internacional en vigor que no se manifieste en sus primeros artículos declarando de manera solemne la obligación de los responsables políticos y de los ciudadanos actuales para conservar y mejorar el mundo que nos rodea y construir un mundo mejor para nuestros hijos. Y, sin embargo (lo sabemos) seguimos dando pasos atrás en esa construcción, arrastrados por el tsunami del día-a-día, escribiendo con letras graves páginas muy tristes de ese futuro que frase a frase entre todos vamos definiendo.

La educación sigue sin ser preocupación prioritaria ni de los políticos ni de las familias, salvando honrosas excepciones. El sistema educativo sigue sufriendo una zozobra permanente en manos de alentadores de temporales de diseño que reducen a cuestiones muy laterales el mal llamado *debate educativo*. Los fondos que se dedican a la mejora de éste siguen estando, pese a la mejora de este año, a años luz de lo que necesitan nuestros hijos, que asisten de manera habitual a su centro a mejorar sus competencias claves con materiales y medios muy inferiores a los que cada uno tiene en su casa materializándose una diferencia significativa entre el contexto escolar y el doméstico que provoca la apertura de la brecha digital y social entre aquellos que pertenecen a familias con conciencia de la importancia del hecho educativo y aquellas otras que fían su futuro al empuje entusiasta, pero sordo y desprotegido, del sistema público de enseñanza.

Pero no encontrarán ustedes manifestaciones públicas significativas, ni movimientos alternativos con empuje social, ni sinceridad en los exiguos y minoritarios actos que se convocan como para armar una demanda global, seria y comprometida que, desde la exigencia social y no desde el egocentrismo ideológico, se constituya en plataforma para el desarrollo de nuestro modelo educativo. Para ello sería necesaria una generosidad, una honestidad y una altura de miras capaces de sentar a la misma mesa para un mismo fin a interlocutores sociales con profesionales experimentados y de prestigio. Hoy, sin embargo, salvo excepciones, en estas mesas y debidamente preparados para las fotos de los medios de comunicación uno se encuentra poco más que a representantes de partidos y sindicatos con más instrucciones que conocimiento específico. Y así nos va.

Que en Cádiz siempre hemos sido unos adelantados a nuestro tiempo ya es un hecho que no discute nadie. A través de andaluces históricos asentados en la ciudad o vecinos fuimos los primeros en otear América en el horizonte; sufrimos la crisis del vellón cuando los demás aún andaban derrochando heroicas andanzas por una Europa que ya apretaba los dientes ante tiempos siniestros; y no nos faltará experiencia para ser una vez

más los primeros en asistir con tanta sorna como perplejos, y hasta de armar el mejor popurrí con ello, al ver cómo cierra la mayor parte del tejido productivo, económico, social y cultural que debe engalanar una sociedad de nuestro tiempo. Pero, mientras ocurre esto, curiosamente asistimos a la mayor demostración pública de respuesta a este aberrante estado de lo nuestro: el silencio. Callan los responsables, atrincherados en sus despachos, mientras contraatacan enviando noticias precocinadas a los bien pagados medios; como callan las víctimas, lealmente atentos al fax de Messi, al contrato de Haaland y a las aberrantes declaraciones personales (íntimas) de la penúltima hija de famoso demandante de una popularidad medida en sueldos obscenos. Y en medio de este silencio se retuercen Cadalso, Castellar, Falla, Quiñones... con la mirada perdida en la noble Cádiz de entonces y en la pobreza de estos tiempos.